

'NO FUTURE' NOSTALGIA, EL MALESTAR DEL PASADO QUE CORROE NUESTRO PRESENTE

Cine. La revisión de la historia para convertirla en un lugar confortable hace coincidir la avalancha de 'remakes' con la ascensión de la extrema derecha como el 'nuevo-falso' punk

Por Luis Martínez (Madrid)

Cuentan que cuando los trabajadores de prensado de vinilos de la casa Virgin se vieron ante la obligación de manufacturar el disco que daría gloria y eternidad a los Sex Pistols se declararon en huelga. No era tanto que no estuvieran de acuerdo con la letra de la canción estrella, que probablemente también (o tampoco).

Lo que no soportaban, y así lo hicieron explícito, era la degradación monárquica, y con ella de todo lo establecido como sólido, que la famosa portada de Jamie Reid llevaba a gala. Definitivamente, la imagen de la Reina Isabel II sepultada bajo las letras recortadas tanto del estribillo de marras como del nombre de la banda ofendió a los empleados de la discográfica. La letra, de sobra conocida, dejaba pocas opciones para la duda: «*God save the queen / She ain't no human being / And there's no future / In England's dreaming*» (Dios salve a la Reina / No es un ser humano / Y no hay futuro / En el sueño de Inglaterra). Pero lo que trascendió y se convirtió en lema fueron apenas dos palabras, las dos más entusiastamente nihilistas de la historia de la humanidad: *No future*. Esto ocurrió en los 70.

En el pasado mes de octubre, en la más célebre de las entrevistas en su podcast de audiencia millonaria a Donald Trump, el cómico Joe Rogan completó su particular declaración de amor al ahora presidente. Y acudió, de nuevo, a los Sex Pistols. «Ahora los rebeldes son republicanos», dijo como preámbulo de la sentencia que haría temblar a los prensadores (de prensar) de Virgin: «Los conservadores sois el punk». Lo relevante, de algún modo, volvía a ser el *No Future* primigenio. Pero con una variación esencial. Si los Rotten, Vicious y compañía respondían al fin de los 30 gloriosos tras la guerra mundial de manera radical y sin el más mínimo amago de condescendencia, los nuevos punks en la acepción de Rogan reniegan de lo que vendrá en un tiempo de crisis global energética, climática y hasta pandémica con una apelación a un supuesto pasado glorioso que, definitivamente, no es el de los 70. El famoso y repetido hasta la extenuación *Make American Great Again* es esencialmente un grito nostálgico, una apelación a otros tiempos en el que supuestamente las cosas fueron mejores.

La nostalgia, nos dice el filósofo Grafton Tanner, es la emoción más representativa de nuestro tiempo. El autor de *Las horas han perdido su reloj* (Alpha Decay) lleva tiempo dedicado a analizar qué nos ha pasado con precisamente el pasado. Su último libro es el cierre de una trilogía sobre ese deseo colectivo fácilmente identificable en toda la producción cultural reciente de aferrarnos a la supuesta sensación de comodidad, certeza y seguridad de otras épocas. Como si a ese muy punk reconocimiento de ausencia total de expectativas, la respuesta fuera aferrarnos al más conservador de los instintos. Tan contradictorio. «Aunque hay mucha ira en las redes, la desesperación está en todas partes y el miedo alimenta la política», escribe Tanner.



«La nostalgia lo eclipsa todo. Los líderes políticos prometen un regreso al pasado, cuando las cosas eran menos inestables. Las corporaciones de medios inundan las plataformas de streaming con *remakes* y secuelas... Parece que cuanto más avanzamos hacia el futuro, más fuerte se hace la nostalgia».

Disney, por empezar por la máquina de entretenimiento global y definitiva que abarca desde *Star Wars* a Marvel pasando por cada gramo o resquicio de la imaginación colectiva desde el estreno de *Blancanieves* en 1937, acaba de lanzar *Mufasa*, que es como la casa

del ratón reescribe digitalmente su clásico de 1994 tres décadas después. En realidad, se trata de un doble tirabuzón nostálgico. En 2019, copió la película original con los felinos reconstruidos en carne y hueso virtual (valga el retruécano) y ahora inventa unos orígenes o *precuela* a la historia madre en una celebración nihilista y *nietzscheana* del eterno retorno de lo igual. Es decir, de más de lo mismo. Es solo un síntoma. Los ejemplos del pasado reciente son casi infinitos. Desde el reencuentro de los amigos de *Friends* en el programa especial que no hacía sino culminar la permanente programación



volver a ese pasado. «Lo cierto es que la nostalgia te inmoviliza. No te permite descubrir nada nuevo. Lo determinante es que cuando acudimos a ver una película clásica, en realidad lo que se busca no es esa obra en sí, sino que lo que se sintió cuando tiempo atrás se vio la película en cuestión por primera vez. Lo interesante es ver y entender el pasado, pero con los ojos de hoy. Se podría llamar nostalgia activa. Un ejemplo es John Hughes, un director al que admiraba muchísimo y ahora hay muchas cosas de su cine que, a mí por lo menos, me incomodan. No pasa nada por revisar viejas concepciones», concluye. El filósofo citado arriba, Tanner, mantiene y reivindica una actitud similar. En su ideario, es preciso reapropiarse del concepto de nostalgia y, quizá, esa misma nostalgia, que de manera tan solemne y firme apuntala discursos

plazo por el coste y la inversión que representa». De otro modo, el presente cuenta siempre y cuando que sea capaz de prometer y generar nostalgia en el futuro.

Si nos asomamos a la tele, el contenido de las plataformas, y sin descender al detalle, no hace más que reconfirmar la tesis melancólica. Uno de los últimos grandes éxitos, y logros también, de la producción audiovisual española ha generado, sin pretenderlo, un tsunami de, otra vez, nostalgia. Hablamos de *Los años nuevos*, la serie de Movistar+ que recrea durante 10 capítulos dos días, el 31 de diciembre y el 1 de enero, de una pareja durante los años que van del 2014 al 2024, desde que se conocen con 30 hasta los 40. Para Paula Fabra, una de sus creadoras junto a Rodrigo Sorogoyen y Sara Cano, ha sido una sorpresa que se haya interpretado de este modo. «En nuestro ideario nunca estuvo hacer una serie que moviera a la nostalgia de nada. Es más, suprimimos del guion cualquier referencia explícita al pasado. No nos gustaba que los personajes se pusieran nostálgicos», dice y sigue: «Pero una vez estrenada, nos tropezamos una y otra vez con el sentimiento de nostalgia como una de las reacciones más habituales de los espectadores. Puedo imaginar por qué. Son años decisivos en la vida de todo el mundo, discurre en la Navidad... Pero, insisto, no era algo buscado...». Pausa. «Recuerdo que en una ocasión se me acercó un hombre para decirme que gracias a la serie había revisado su pasado y se dio cuenta de que la separación de su mujer hace años fue un error. Y me horrorizó. Es un ejemplo claro de cómo idealizamos el pasado y de cómo los errores del presente no se aprecian contemplados en retrospectiva. Y eso es muy peligroso», dice de corrido. «Es una cuestión de seguridad, de conservadurismo... Y ahí, quizá esté la clave», concluye Fabra.

Con todo, quizá el que mejor ha sistematizado hasta el agotamiento teórico las consecuencias de esta obsesión por el pasado haya sido el escrito búlgaro Georgui Gospodinov en la novela *Las tempestáldas*. El texto —en sintonía con el libro de ciencia ficción de los autores (las dos con e) Helen Macdonald y Sin Blaché *Prophet*— imagina como la ausencia de futuro en un presente imposible estimula en muchos la nostalgia de un pasado ficticio y sin comienzos. *Prophet* postula una sustancia para convertir la nostalgia en un arma: un aerosol encarna los recuerdos felices de las personas y eso trae consecuencias. Malas. El punto de partida *Las tempestáldas*, en cambio, es tan realista y brillante como desolador (o, de entrada, esperanzador, según se mire). Se cuenta la creación de unas clínicas para literalmente producir pasado que, como un bálsamo y también medicina, palián los efectos del alzhéimer y la demencia senil: los enfermos se instalan en recreaciones de su década favorita y allí, felices en la memoria reconstruida y falsa de un mundo mejor, viven una vida reconstruida, sí, pero no necesariamente más falsa que la otra. Pronto la idea cunde, ya no son solo para enfermos con diagnóstico. Y entonces, Europa entera de divide no sólo en países, sino en épocas. Como si se tratara de esas recreaciones históricas rancias y torticeramente nostálgicas de Puy du Fou, cada etnia, nación o grupo decide su propia «fantasía de repetición». Con sus problemas claro: ¿Y si un buen día uno de esos pueblos del pasado-presente decide volver a invadir Polonia? ¿Y si la edulcoración interesada de una dictadura hace que la dictadura vuelva a cobrar vida con todos sus horrores? Y así. «Cuanto más olvida una sociedad, tanto más alguien fabrica, vende y rellena con sucedáneos de memoria los nichos desocupados», escribe el búlgaro Gospodinov ahora como cronista español.

Dice Tanner que la nostalgia es una respuesta a la sensación de pérdida y que la emoción se intensificará a medida que la calidad de vida decaiga y la crisis, especialmente la climática, se acelere. También mantiene que la nostalgia sirve a fecha de hoy como respuesta simple y rompedora, y por ello extrañamente rebelde y punk, para los que buscan en algún momento del pasado la estabilidad que no ven en el presente. «*No future, yes past*», sería la nueva versión del lema para los nuevos rebeldes de Rogan. «El problema», añade Tanner, «es que alguien eche de menos un periodo de la Historia que no fuera precisamente tan apacible para gente diferente a ellos». Y Gospodinov, un paso más allá, anuncia lo que tal vez vendrá: «Tras la dictadura del futuro llega el turno de la dictadura del pasado».



reaccionarios de éxito ahora mismo global, se pueda entender como un modo de recuperar precisamente aquellos otros lugares de resistencia al capitalismo triunfante ya olvidados. Al hilo de pensadores como Mark Fisher y Simon Reynolds, que criticaron abiertamente la apropiación que la cultura popular hace de su propio pasado, viéndola como un fracaso general del capitalismo para imaginar algo verdaderamente nuevo, Tanner recuerda que la nostalgia también ha sido históricamente una amenaza a esa idea de que tenemos que ser constantemente productivos. «La rabia o la persecución de la felicidad son conceptos más atractivos para el capitalismo porque pueden ser combustible para generar más movimiento o consumo», afirma. Pero eso es otro asunto.

Si miramos sumariamente lo más sonado de lo que se anuncia para 2025 en lo que a cine se refiere, no parece que las cosas vayan a cambiar. Es más, se diría que el triunfo de Trump no ha hecho más que solidificar y hasta dar carta de validez a la tendencia que viene de atrás y sobre la que advertía ya, otra vez, Tanner («Viktor Orbán, Donald Trump, Boris Johnson y Jair Bolsonaro apelaron a la nostalgia en la década de 2010 para convertir en chivos expiatorios a los migrantes, los izquierdistas, las personas de color, los pobres, los grupos LGBTQ+ y los marginados», se lee en un libro publicado justo después de la pandemia del covid). El estreno más publicitado es el regreso por enésima vez de *Superman* de la mano de James Gunn, que, no se olvide, es el responsable de *Guardianes de la Galaxia*, el santasanción de la nostalgia 2.0. Y a su lado, la nueva entrega de *Avatar*, la nueva de *Misión Imposible*, la nueva de *Jurassic World*, la enésima revisión de *Blancanieves*...

Eso en el cine comercial. Desde el otro lado, del lado independiente, Maggie Gyllenhaal propone una revisión del clásico de James Whale *La novia de Frankenstein* en *The bride* a imagen y semejanza que Robert Eggers acaba de resucitar el *Nosferatu* de Murnau. David Robert Mitchell plantea una secuela de *It follows*, la cinta de terror más influyente de los últimos tiempos, demostrando que la nostalgia permite también recuperar un pasado tan próximo que se diría presente. Que Danny Boyle vuelva a sus zombis-infectados en *28 Years Later* o que el universo de John Wick se expanda hacia *Ballerina* son síntomas a añadir al propio sintoma de tal vez una enfermedad mayor.

En la música se podrían encontrar datos parecidos. La nostalgia lo infecta todo. Recientemente, Narcís Rebollo, el considerado el mánager más importante de España tras presidir la discográfica Universal, dejaba en este mismo periódico una reflexión en sintonía: «Hoy la labor principal de una gran discográfica es gestionar bien su catálogo. Los discos y canciones antiguos, los que tienen más de dos años, suponen aproximadamente el 80% del negocio de Universal, Sony o Warner, las tres multinacionales discográficas. El otro 20% del negocio lo generan las novedades y el talento nuevo, el *frontline*, que será el catálogo del futuro y que normalmente no se rentabiliza a corto

de la serie gracias a las plataformas de contenido infinito, al eterno *revival* de cada uno de los clichés y lugares comunes de un pasado mítico-medieval, todo llama a lo mismo. 2025 no es ni será una excepción. Seguimos instalados ahí. Lo vemos unos párrafos más abajo.

«En realidad», comenta Jaume Ripoll en calidad de cofundador y director editorial de la plataforma Filmin, «no me atrevería a decir que las cosas hayan cambiado mucho en los últimos 25 años. Pienso en la tercera temporada de *Twin Peaks* casi 30 años después de la original, o en el *remake*

de *Aquellos maravillosos años*... Digamos que, en este instante de abundancia de todo, el espectador se mueve entre dos polos: la nostalgia y la novedad. Se ve aquello en que uno se encuentra cómodo y se ve aquello que hay que ver por estar muy recomendado». En realidad, el caso de Filmin, pese a la atención no disimulada que presta al cine clásico, no es el caso más escabroso sobre el asunto. De su catálogo, el 80% son novedades y solo el 20% alimento para nostálgicos. Para el programador de la plataforma, el problema no es el qué, sino el cómo. Es decir, el modo de ver o

CINE
Vuelve Superman y Maggie Gyllenhaal recupera a Frankenstein.

MÚSICA
Los discos antiguos suponen el 80% de Universal, Sony o Warner.

LITERATURA
Las tempestáldas, y 'Prophet' tienen la nostalgia como argumento.